

¿A decir verdad qué hubieran hecho? Como el partido girondino al que pertenecían las secciones, adoptaron la actitud de una loca resistencia, sin querer nada, ni proponer nada. Nada hubieran hecho sino prolongar la impotencia y la inercia que eran la muerte de la Francia.

Estos comités revolucionarios, minoría imperceptible en el océano de secciones que manejaban y aterrorizaban, eran exaltados en proporción directa, con su debilidad, y muy desconfiados. Se dispusieron á salvar ellos la patria sin someterse á nadie ni consultar á nadie, ni al poder central. Los comités trataban separadamente al Comité de insurrección.

Todo esto se puso en evidencia por un hecho, el arresto de Prudhomme, el célebre impresor de las *Revoluciones de París*.

Prudhomme, verdadero comerciante, había estudiado el espíritu público. Antes de la Revolución imprimió los *Crímenes de los reyes* y después los *Crímenes revolucionarios*. La tirada ascendió á más de doscientos mil ejemplares. Prudhomme en el 93 pidió violentamente la muerte del rey. Había defendido á Marat en Abril, á Hebert en Mayo, se pronunció contra la Gironda terriblemente por que esta arrestó al director del *Pere Duchesne* y suprimió la publicación. Es verdad que obedeciendo á la masa de sus suscritores habló con demasiada indignación de las violencias que precedieron al 2 de Junio. El *Pere Duchesne* fué detenido á las doce de la mañana de este mismo día.

¡Extraño espectáculo! ¡El defensor de Marat y de Hebert tratado como un realista!

Si hemos de creer á Prudhomme el mismo comité de su sección practicó el arresto, bajo la delación hecha por un enemigo personal del *Pere Duchesne*. Chaumette procuró que se aplazase la operación al ser avisada la Comuna.

Una hora después excitado ante el comité revolucionario, declarándole preso de nuevo. ¿De orden de quién? Del *Comité central* de los Nueve. Se le enseña el auto. «Considerando que la libertad acordada para el ciudadano Prudhomme se le ha concedido sin reflexionar, etcétera, etc.»

El día 3 á las diez de la mañana el *Comité central*, sin duda cediendo á insistentes indicaciones de Chaumette puso en libertad á Prudhomme, aunque esta medida particular contrariaba la otra de carácter general. El mismo Comité ordenó que fueran encarcelados los periodistas no patriotas. Al mediodía aun está Prudhomme acostado. En su casa no se encuentra á nadie más que á su ordenanza, pero esto no importa para que sea conducido á la cárcel, como buena presa.

Se explica la equivocación.

Nueva orden poco después para libertar á Prudhomme y se formula una violenta reclamación del comité de sección, quien protesta de que el prisionero es culpable y declara con tono amenazador que el *Comité central* es el responsable de las consecuencias de estas comisiones.

Hasta el día 4 no fué puesto en libertad el impresor.

Hemos relatado este hecho extesamente para demostrar la lucha de las tres autoridades rivales. La Comuna, el comité central de insurrección y los comités revolucionarios de las secciones.

El *Comité central*, aislado, sin base ni fuerza no podía tardar en re-



LESCURE

tirarse. Su retirada librábale de si mismo, dispensándole de la promesa de insurrección hecha al pueblo, la de crear un *ejército revolucionario*.

#### EL EJERCITO REVOLUCIONARIO

Este espantajo de los ricos y de la propiedad, esta máquina de abrir mundos, vaciar bolsas, creada en el momento de una verdadera necesidad pública, parece haber sido una idea concebida por los Cordeleros.

El primer ensayo lo practicó un dantonista, Dubois-Grancé, en Lion. El mismo explica perfectamente como, abandonado por el centro, rodeado de peligros Lion, Marsella queriendo atravesar los Alpes, no sabiendo si invocar al cielo ó al infierno, tomó su partido uniéndose á Chalier y á los exaltados de Lion, en cuyas manos colocó la espada del *ejército revolucionario*. ¿Qué se pretendía? Contener á Lion,

rechazar la invasión y en defecto de otros recursos, hacer si necesario fuese que el ejército de los Alpes cayera sobre Lion.

En París había varias razones para asalariar al pueblo: la primera era que no se sabía como alimentarlo. *El ejército revolucionario* permitirá que viva una parte de este pueblo, alimentándose los pobres de los ricos. Desde el 90 que había en París solo veinte mil pobres y cuarenta mil en Versalles, en una población de sesenta mil habitantes.

La cosecha del 92, rica en trigo, fué nula en el resto. Todo se agotó en seguida, y en la primavera del 93 hubo una grande carestía.

El terrible problema «¿cómo mantener al pueblo?» se presenta en Marzo, Mayo, Junio, hasta en Septiembre como espantosa esfinge, á devorar todos los partidos.

La Comuna hubo de hacer, arrastrada por la necesidad, lo mismo que Lion, crear un *ejército revolucionario*. Los patriotas lioneses, ocho días antes de comenzar, enviaron un delegado al joven Leclerc, elocuente, fogoso, amante de Rosa Lacombe, que le acompañaba á todas partes jurando exterminio, sangre, muerte y ruinas. Esta mujer frenética reavivó el furor de los Cordeleros. El día 13 (el mismo en que Grancé constituyó en Lion el ejército revolucionario) los Cordeleros, por medio del órgano de la administración de Policía que dependía de ellos, formularon la proposición al Consejo general de la Comuna, la cual decidió que la petición se hiciera á la Convención.

El mismo día Robespierre, no queriendo quedarse á la zaga de los lioneses y cordeleros, formuló la misma petición en los Jacobinos, encareciendo que se asalariase á los patriotas que acudieran á los actos de las secciones.

¿Entendían los Cordeleros y los Jacobinos una misma cosa bajo la palabra *ejército revolucionario*?

No. Los Jacobinos, Robespierre, querían crearse un ejército contra la Gironda y por otra parte realizar el empréstito y las reclutas por un medio muy expedito: el voto del pueblo.

Pero los Chalier, los Gaillard, los Leclerc, de Lion; los Guzmán, los Roux, los Varlet, de París; los Cordeleros furibundos que Marat llamaba *enragés*, imaginaban otra cosa. Poetas furiosos de la Revolución, querían hacer de esta un apostolado, el de la guillotina. El *ejército revolucionario* debía, según ellos, recorrer toda la Francia con el patíbulo á cuestas, juzgando y ejecutando, fanatizando por el vértigo, convirtiendo por el terror. Entonces iría el pan barato; los labradores, temblando, abrirían sus graneros, los ricos sus cajas. La Francia, en posesión de todos sus recursos, encontraríase por esto dueña de una fuerza poderosa. Sin dificultad podría nutrirse, sostenerse.

Los políticos de la Montaña se oponían á esta idea salvaje. Robert Lindet, sobre todo, sostuvo que esto era un medio de organizar el hambre y puede ser que la guerra civil, por las furiosas resistencias que se encontrarían cerca de los campesinos.

La terrible palabra *ejército revolucionario* se repite con alarmante insistencia en todas partes.

El día 31 de Mayo el dantonista Lacroix desarma á los *enragés*, apoderándose de su proposición y pidiendo que se compusiera este ejército de seis mil individuos.

Durante la noche del 1.º de Junio, el comité de insurrección, observando que languidecía el movimiento, quiso despertar el entusiasmo diciendo que no de seis mil, si no de veinte mil, debía componerse el *ejército revolucionario*, á dos francos diarios por hombre.

El 2 de Junio Lacroix intenta sofocar el movimiento, diciendo que debe formarse el ejército con diez y seis mil hombres, como así se aprueba y decreta.

Para el comité de insurrección no podía ser esta una situación embarazosa, pues el comité era como autoridad transitoria que podía partir y dejar á otros el cuidado de cumplir sus promesas.

Era embarazosa la situación para la Comuna, para Robespierre, que fueron los autores de las primeras proposiciones y que vieron crecer y engrosar el movimiento, hasta el extremo de que nadie podía comprometerse á satisfacer las esperanzas del pueblo.

«¿Dónde encontraréis dinero?» había dicho Chaumette. ¿Se daría á diez y seis mil hombres dos francos diarios para vivir tranquilamente en París cuando estaban nuestros soldados en el Rhin, en el Norte, á punto de morir extenuados por el enemigo?

Si se creaba este ejército y se entregaba en manos de los *enragés*, era como poner un revólver en poder de un loco, y si no se creaba amenazaba una insurrección, pero muy seria, inspirada y aconsejada por la miseria y el hambre.

Entonces se observó un espectáculo curioso: Chaumette y el padre Duchesne, espantados, recomendaron la moderación. Habían arrestado á Guzmán é intentaban hacer callar á Leclerc: «Quien quiera el derramamiento de sangre no es un buen ciudadano.»

El comité de insurrección dijo que cuanto menos debía constituirse el ejército con seis mil hombres. Después de acordado esto, el comité se disolvió (6 de Junio).

Pero una circunstancia imprevista evita que se cumpla aquel acuerdo. Los artilleros de París, cuerpo distinguido, compuesto de gente escogida, pero petulante y de grandes pretensiones, valerosos como se vió en Nantes, forma ya una especie de *ejército revolucionario* y por lo mismo se opone á que se constituya otro del que él no formaría más que un cuerpo accesorio. Juramentáronse y dijeron que no se disolverían y que permanecerían unidos defendiéndose los unos á los otros.

Esto dió mucho valor á quienes temían la creación del *ejército revolucionario*, á los enemigos de los *enragés*, Robespierre, á los Jacobinos, á la Comuna, á Chaumette.

El 1.º de Junio la sección de las Picas (la de la plaza de Vendome) sección de Robespierre, arrastró á su causa algunas otras secciones. Fueron al Obispado, al centro de los *enragés*. Sin duda la sala estaba vacía. Sentáronse á su antojo, discutieron y aprobaron una demanda de aplazamiento del *ejército revolucionario*. Los Cordeleros se enfurecieron; por la noche mismo señalaron esta violencia, cometida osadamente, y acusaron enérgicamente á la sección de Robespierre.

Ya después de algún tiempo, antes de la caída de la Gironda, el instinto previsor de los ricos, explotado por el Terror, les decía que Robespierre y aun Marat, se encontrarían por su oposición natural á los *enragés* siendo como moderados de la situación y guardadores del orden. Sin demostrar fidelidad hacia la Gironda, que evidentemente se hundía, dirigieron á lo mas alto de la Montaña, donde se encontraba Marat. Este, aunque cruel por la desnudez de sus palabras, era vanidoso y sensible cuando se le trataba con cariño y confianza. El mismo ha contado un caso significativo.

Algún tiempo antes del 31 de Mayo, un banquero estimado suyo, Mr. Perregaux (predecesor de Mr. Laffitte) le invitó á comer.

Marat acudió. Pero muy prudente, quiso tener un testigo de sus palabras y se llevó á Saint-Just. Había á la mesa dos ó tres banqueros y otros negociantes. Estos tímidamente preguntaron al gran patriota lo que pensaba acerca de los proyectos de leyes orgánicas, de división de propiedades, etc. Marat se encogió de hombros y dijo que todo eso pertenecía ya á otras épocas, que eran utopias pertenecientes á sociedades históricas, y que significaban en aquel tiempo algo anacrónico. Los capitalistas se levantaron de la mesa, convencidos del buen sentido de Marat.



## CAPITULO II

### La Constitución del 93

Méritos de esta Constitución.—Como se hizo la Constitución.—Conducía á la dictadura.—Ataques de que fué objeto.—El partido de los curas en la Convención.—El partido contrario.—Robespierre hiere al partido contrario.

La Constitución del 93, improvisada por la necesidad de una crisis política, tiene la virtud de responder por sus trazos generales y enérgicos al corazón, á los sentimientos de la humanidad.

Y al hablar al corazón ocurre el mismo fenómeno que con las religiones: se habla de Dios como una abstracción, pero es indudable que representa una necesidad del espíritu... de ciertos espíritus.

Se habla de Dios en términos vulgares. Pero por el hecho de nombrarlo parece que se penetra en el pensamiento del pueblo y se convierte en ley de carácter popular. No es esto una obra fortuita de sabios y filósofos. Se funda y armoniza en la tradición, en el sentir común de la humanidad.

El segundo punto original es que esta Constitución, escrita para un gran imperio, pretende realizar lo que es más difícil en las sociedades pequeñas: *el ejercicio constante y universal de la soberanía popular*.

Noble utopía de un gobierno sencillo, que sin someterse á nadie, se rige por sí mismo como Dios, sin obedecer ninguna voluntad.

El tercer punto, más grave, es el de que esta constitución, frente á las que le han precedido, representaba por primera vez la ley no como máquina de gobernar al hombre, si no como su protector que se afana por él, quiere garantizar su vida, no quiere que muera el pueblo.

¿Cómo reconoceremos la Ley? Por su rasgo sobresaliente que